



Renée Ferrer de Arréllaga



El anillo encantado

El picaflor, feliz de verse libre al fin, emprendió vuelo agitando el molinete de sus alas, mientras la niña miraba pensativa aquel anillo, que una vez estuvo encantado.

Existía en un país muy parecido al tuyo un picaflor que habitaba en un anillo encantado. Era éste un anillo que además de poseer una extraordinaria hermosura tenía la particularidad de conceder deseos. Vivía en él un extraño picaflor que cambiaba de tamaño misteriosamente; se empequeñecía para anidar en él mientras dormía, y recobraba su tamaño natural cuando alguien expresaba algún deseo.

En una ciudad lejana de aquel país peculiar vivía una niña, a quien un Hada misteriosa quiso premiar por su bondad regalándole ese anillo encantado. Cuando se lo dio le hizo esta advertencia:

-Ese anillo tiene el poder de conceder deseos; puede ofrecerte cuanto quieras, todo lo que se te ocurra, menos picaflores. Por eso te ruego que seas prudente y nunca le pidas un picaflor. [38]

La niña, muy contenta, le prometió que jamás pediría picaflores, y sin esperar más se puso el anillo.

Esa tarde salió a recoger mazorcas de maíz en los sembrados de su padre, y como tenía mucha sed decidió probar los poderes de su anillo, pidiendo un poco de agua. Al instante apareció entre sus labios un vaso de cristal y se bebió su límpida frescura. Al día siguiente, viendo unas flores muy bonitas del otro lado del arroyo las pidió para llevárselas a su madre. De inmediato las flores volaron alegremente hasta su falda convertidas en coqueto ramillete.

La niña no cabía en sí del asombro. Poseía un anillo maravilloso y desde ahora todo sería posible para ella. Entusiasmada empezó a expresar un deseo tras otro. Pidió tantas muñecas que ya no entraban en sus estantes; tantos vestidos que no tenía ocasión de ponérselos; tantos helados que se derretían sin darle tiempo a saborearlos.

Olga, que así se llamaba nuestra afortunada amiguita, se convirtió poco a poco en una personita pretenciosa e impertinente. No tardó en pedir mansiones, automóviles, sirvientes, joyas y todo cuanto tienen las personas excesivamente ricas. Lentamente fue perdiendo su antigua bondad.

Cuando la niña tuvo todo cuanto se puede ambicionar, pidió que el anillo hiciera sus tareas, convirtiéndose en la alumna más haragana de la escuela. [39]

Después de un tiempo, Olga notó con deleite que cada vez que expresaba un deseo un diminuto picaflor se escapaba del anillo por breves instantes. Desde entonces pidió muchas cosas con el único propósito de verlo. Estaba fascinada por ese pajarillo que revoloteaba fugazmente a su alrededor y tuvo la idea de pedir una jaula de cristal. Enseguida la obtuvo y viéndola vacía deseó ardientemente tener un picaflor.

En ese momento el Hada de los Niños, que aunque ustedes no lo crean todavía existe, se le apareció más resplandeciente que la primera vez, y con una voz muy persuasiva le dijo:

-Olga, ¿recuerdas el día que te regalé el anillo encantado?

-Claro que sí -respondió al instante la niña.

-Pues entonces te acordarás que lo único que no debes pedirle son picaflores.

-Sí -dijo, y luego agregó muy arrogante -Pero estoy segura que el anillo encantado me concedería un picaflor.

-Pues es lo único que no debes pedir -le advirtió el Hada una vez más.

La niña empezó a patallar presa de una tremenda rabieta, mientras gritaba desaforadamente.

-Yo quiero un picaflor, yo quiero un picaflor. [40]

El anillo al escuchar por tercera vez el deseo de la niña lo hizo realidad y en la jaula apareció un diminuto picaflor.

Olga lo miró embelesada y con aire triunfal se volvió hacia el Hada de los Niños que ya había desaparecido. La niña estaba segura de que su picaflor era idéntico al del anillo y eso la puso muy contenta.

Al poco rato el picaflor comenzó a piar pidiendo algo de comer. Como la niña se había vuelto muy holgazana, en vez de ir a traerle un pedazo de pan se lo pidió al anillo.

Cual no sería su sorpresa al comprobar que el anillo no le hacía el menor caso. Se encolerizó, profirió violentas palabras, formuló su pedido una y otra vez, pero el anillo continuaba imperturbable. Ni se cumplían sus deseos, ni aparecía el picaflor encantado revoloteando graciosamente a su alrededor.

Olga lloró desconsolada, repitiendo su deseo hasta que cayó rendida por la pena. Se le apareció entonces el Hada de los Niños.

-¿Por qué lloras? -le preguntó cariñosamente acariciándole las mejillas.

-Estoy desesperada porque mi anillo ya no me obedece -le respondió entre sollozos. [41]

-Pues, la única culpable eres tú. El anillo encantado no podía conceder picaflores, y tú lo sabías.

-Pero yo conseguí uno -le replicó airadamente Olga.

-Sí, pero perdiste tu anillo encantado, porque ese picaflor que ves en la jaula de cristal es el mismo que vivía en el anillo. Ahora él será libre y tu anillo ha perdido sus poderes para siempre.

En ese instante desaparecieron los juguetes, las mansiones, los vestidos y todo cuanto Olga había conseguido, incluso la jaula de cristal.

El picaflor, feliz de verse libre al fin, emprendió vuelo agitando el molinete de sus alas, mientras la niña miraba pensativa aquel anillo que una vez estuvo encantado.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

